

Los sombreros y quepis no se distinguían. Agachados como iban los jinetes, los paños de sol y las alas de los fieltros semejaban la concha de una tortuga que se removía con las convulsiones de la muerte.

— ¡Bien, Calderón! gritábase de todos los extremos del campo.

— Ese coronel vale más oro que pesa. ¡Arriba, San Luis!

— ¡Arriba, Guanajuato!

— ¡Ahora, Morett!

De repente oímos un estruendo que nos heló la sangre en las venas: doce cañones ocultos en el bosquecito tronaban al unísono y desorganizaban la columna, como no lo había podido hacer el fuego graneado de los infantes de Casanova.

Un grupo de jinetes quiso huir y fué á caer al flanco izquierdo, al punto de donde salían los tiros. Muchos se derrumbaron abriendo los brazos, cayendo de bruces al suelo; algunos conservaban todavía el sable en la mano, otros eran arrastrados, pendientes todavía de un estribo, por la cabalgadura enloquecida.

Un jefe de barbas blancas, á caballo sobre un penco colorado cuatralbo, accionaba, pedía, suplicaba y halagaba; pero como la desbandada continuara, sacó el revólver, y después de dejar tres infelices en el sitio, detuvo la dispersión.

Al fin la cuña se desmoronó; cada quien corrió por su lado y sólo se vió caballos que olfateaban el viento, relinchando con suprema angustia, llenos de sangre, arrastrando herrajes y mantas, y buscando la salida de aquel círculo de fuego que los envolvía.

Un *cuaco* prieto, de buena alzada, con montura de coronel, una pistola en las pistoleras, y un capote militar en ancas, pasó trabajosamente frente á nosotros: iba pisándose los intestinos y destrozándose las entrañas como caballo de lidia.

— Es el caballo de Pepe Calderón, dijo alguien... Es el *Merlín*.

— Debe de haber muerto Pepe.

— Debe de estar herido.

— Esos disparos de cañón fueron de don Ceferino Rodríguez, estoy seguro de ello.

— ¡Lástima de Calderón! ¡tan bonito jefe!

— Era todo un caballero.

— Era todo un valiente.

Entre tanto, se extendían murmullos por toda nuestra columna.

— Los dejamos solos y sin auxilio.

— Ya viene un ayudante y habla con Morett.

— ¡Por fin es la nuestra, compañeros; ya viene la orden de atacar! dijo un oficial de ojos chiquitines y dientes blancos.

— No se necesitaba orden, porque el movimiento estaba concertado desde anoche.

Al fin nos movimos; pero ¡oh, vergüenza! para meternos á campo traviesa por un sembrado y dar vuelta á Salamanca, donde ya se introducía Miramón, mientras Casanova se acercaba al rancho del Perú.

Todavía nos figurábamos que iríamos á atacar á Mejía, á quien hacía retroceder Huerta, aunque en buen orden, pero nos engañamos; cuando llegaban el escuadrón de Guías y el segundo de caballería á las órdenes de Osollos, Morett esquivó el paso, y siguió poco á poco con su Estado mayor en dirección á Celaya.

— Estamos vendidos.

— ¡Traición! ¡Nos entregó el tacubayista Morett!

— ¡Muera el Judas!

— ¡Muera el que dejó perecer á nuestros compañeros de Jalisco y Michoacán!

La dispersión se inició entonces: pero no ordenada, sino tremenda, furiosa, de sálvese quien pueda.

Yo azucé á mi caballo y emprendí el camino de Irapuato, en cuya dirección veía que se alejaban grupos ordenados de tropas nuestras.

¡Qué pequeña es la especie humana! Los mismos que hacía un rato hablaban de morir y que quizás habrían muerto gloriosamente, ahora huían como liebres asustadas. Quién se despojaba del uniforme, quién arrojaba el



fusil á una zanja, quién seguía disparando tiros al azar, maquinalmente, con embriaguez de enajenado.

Llegué al centro del campo, donde se había librado la batalla, y ví alejarse las tropas conservadoras tocando dianas y tremolando al aire banderas y guiones.

Un soldado estaba por el suelo, con una sola herida que le abarcaba desde el cráneo hasta la barba: tenía los ojos salidos, el cabello lleno

de sangre todavía tibia, los dientes á la vista, las manos crispadas y en ademán de herir.

Un indio, de calzón blanco immaculado, estaba como dormido, recostado sobre una gran piedra; un hilo de sangre le manaba de la boca y enrojecía el zacate en que saltaban unos insectillos.

Un viejo estaba de cara al sol, con un enorme balazo que le había echado fuera la masa encefálica.



... estaba un grupo de *pepenadores* rodeando un cuerpo...

A medida que avanzaba más, el número de cuerpos tirados por el suelo era mayor. Unos me miraban con ojos de terror, desde los limbos de la muerte en que yacían; otros pedían agua; otros que los remataran para acabar con sus sufrimientos.

En un recodo del camino, junto á tres hombres y un caballo muertos, estaba un grupo de *pepenadores* (1) rodeando un cuerpo, difunto al parecer.

Ya le habían desnudado del uniforme tomando reloj, cartera y papeles, y una arpía de rostro amondongado, que parecía mandar á aquella turba de rufianes, se preparaba á cortar un dedo al casi difunto para sacarle una *tumbaga*, cuando me presenté blandiendo el machete. Echaron á correr los despojadores, y yo bajé del caballo por ver si podía prestar auxilio al caído.

Era éste mozo trigueño, de facciones finas, de formas hercúleas, vestido al uso de nuestra gente de campo. Tenía en la cabeza una gran herida que le había roto el jarano y el cuero cabelludo y quizás el hueso; los cabellos, que eran negros y abundantes, estaban apelmazados con la sangre; frente, nariz y barba, se veían rojos, y el suelo también estaba manchado á trechos.

(1) *Pepenar* se llama el acto de juntar granos ú objetos menudos, y *pepenadores* se apellidaba, en tiempo de guerra, á los merodeadores que despojaban cadáveres ó recogían lo que los ejércitos habían dejado á su paso.

Cogí el cuerpo, que estaba inerte, pero con calor de vida, y seguí mi camino con él atravesado sobre la silla. Cerca de Irapuato, el número de fugitivos era mayor; los soldados ya obedecían á los jefes; las armas se iban recogiendo, y todo presentaba aspecto más ordenado.

Caminaba con el cuerpo del herido á cuestas, cuando oí que me hablaban por mi nombre. Era un ayudante del cuartel general, llamado Ríos, que celebró mucho el haberme encontrado.

— Tras de usted andaba, la Llana; el general dispone que se presente sin excusa ni pretexto.

— Voy en seguida; no más deposito en lugar seguro á este herido, que no quise dejar expuesto á que le remataran los *pepenadores*.

— ¿Es de los nuestros?

— Parece que no, pues en este chaleco, única prenda que le dejaron, está la cruz roja.

— Entonces échelo al suelo y que se lo coman los zopilotes; el hospital está atestado de heridos nuestros, y no es cosa de ejercer obras de misericordia con extraños. Mire usted — y me señalaba las camillas de ambulancia — cómo siguen trayendo gente del campo de batalla. Lucido quedó usted levantando á un mocho bellaco. ¿Por qué no se trajo á todos los que se encontró al paso? ¿Y sabe usted siquiera qué bicho es ese?

— Debe de ser persona decente, porque su ropa interior es de bretaña y estopilla.

— Veá, capitán, podemos salir de dudas muy fácilmente; le asoma la oreja de una cartita por el bolsillo izquierdo.

Tomé el papel, y al pasar la vista por el sobrescrito, me estremecí. Decía éste en letra detestable, como hecha con carrizo puntiagudo:

A manos de buena

ventura hortís.

Onde sialle.

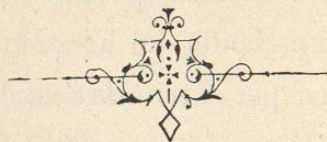
Era él, mi rival, mi mal genio, que aparecía cuando menos deseaba recordar cosas pasadas. ¿Pues qué! ¿También él sentiría el estímulo del honor? ¿También él sería capaz de interesarse por el triunfo ó la derrota de ideales, aunque fueran viejos y sin consistencia? ¿O buscaría acaso la manera de olvidar penas y hasta de inmolarse por ellas?

Pero mientras tanto, el sol que picaba, el aire que oreaba el campo, la juventud del herido ó lo insignificante de la aparatosa lesión, hicieron su efecto y Venturita empezó á quejarse.

— Ya vamos á llegar, hijo, le dije; ahora te pondré en manos de los médicos, que te curarán hasta dejarte bueno.

Cabalmente pasaba una camilla de ambulancia, y en

ella metí á Ventura en unión de un rancharo que se tenía con la mano los intestinos que se le escapaban, y de una vieja herida en un pie por un casco de metralla. Lo pensé mucho; pero al fin me decidí, y dentro de la cubierta de la esquelilla puse una cartulina con mi nombre y la fecha.



CAPÍTULO II

UN PAQUETE DE CARTAS

De Nicolás Cuevas á Juan Pérez de la Llana.

México, Abril 8 de 1858.



I querido Juanito: te debo una explicación de mi conducta, pues hace meses que no me ves, oyes ni entiendes. Si mal no recuerdo, la vez última que nos encontramos fué una en que te dije estaba dedicado á negocios de comercio, de agio ó de no sé qué. Ya ha llovido desde entonces.

Hoy te puedo decir la causa de aquel súbito cambio mío: conspiraba á favor de Santa Anna. Acabo de venir de Turbaco, donde me pasé dos semanas mano á mano con su Bajeza, y te puedo dar razón de cuanto se hace en aquel lejano país.